

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Pues como quien no quiere la cosa se nos acabó el año. Ya de que llega octubre, sientes que es como *viernes*: ya se va a acabar. Para muertos, ya cuál otoño. Ya se te fue. Te sientes casi en invierno: compras naranjas y cañas para tu ofrenda y ya sientes el frío. Como que en México no hay propiamente otoño: después del cordonazo de San Francisco de repente deja de llover y ya empieza el clima invernal, los días más cortos, el sol que quema tantísimo y el congele en la sombrita. Ya no sabes qué ponerte; sales tapadísima en la mañana y te estás asando a las dos de la tarde. Y empiezan las inversiones térmicas y continúan los catarros. . .

En los aparadores de las tiendas quitan las pinches calabacitas del dizque *halloween* y ponen, al otro día,

los adornos navideños. Noviembre vale madres, no tiene personalidad; sólo sirve para encaminarnos a diciembre. En los trabajos ya todo noviembre se trata de planear la comida o la posada o el baile. O el intercambio o la coperacha para el árbol. Se empieza uno —o se acaba uno— de engordar por adelantado al fin que ya mero dan la gratificación.

Y ya como que nadie trabaja igual. De veras es como viernes, como viernes burocrático. “No, pues ya mejor véngase la semana que entra. O, mejor, el año que entra”. Cuando tomas conciencia de que ya es noviembre, te entra el cansancio, la hueva. Y las ganas de festejar, de brindar, de romper el tiempo. De terminar éste y empezar otro.

El fin de los tiempos. Yo siempre he creído que estas conductas mexicanas son herencia azteca. Nuestros ancestros nahuas que, en su fin de año, celebraban el mito de las sucesivas creaciones y destrucciones del mundo con sus famosos “días aciagos”, cinco días sin nombre y sin tiempo. Eran para recordar el nomundo, el no-sol, la oscuridad. No trabajaban, no salían de su casa, jugaban a que no existían. Rompían todos los ídolos y sus comales y sus jarros viejos y tiraban los tepalcates al lago. Luego, con el año nuevo, había fuego nuevo —nunca sé si cada año o cada cincuenta y dos. Tengo que buscar en Sahagún. Se compraban, entonces, jarros nuevos y el calendario volvía a empezar.

Yo, el fin de año pasado, decidí celebrar mi año nuevo híbridamente: con rituales aztecas, pero el 31 de diciembre, fin del año cristiano. Agarré dos tres cazuelas desorejadas, dos tres jarritos sentidos, dos tres platitos viejos. Les puse, por supuesto, nombres simbólicos de cosas viejas y sentimentales —broncas, amores, dependencias, miedos y obsesiones— con la intención de romperlas, de que se fueran al demonio, de tirarlas a la basura.

Y vieras qué experiencia tan fuertísima, salirme al patio y coger cosa por cosa y, con todo mi coraje, con todas mis ganas, irlas estrellando una por una contra el suelo. A la chingada.

Qué miedo me dio romper cosas. Qué violencia, qué trabajo me costó. Y qué placer. Yo creo que *nunca en mi vida* había roto un traste a propósito. Yo siempre tan modosa. Siempre enseñada a cuidar, no a



siglo
veintiuno
editores

De próxima aparición:

LA ETOLOGÍA HUMANA

Jacques-D. de Lannoy y Pierre Feyereisen

*LOS SISTEMAS POLÍTICOS
EN AMÉRICA LATINA*

Lorenzo Meyer y
José Luis Reyna (coords.)

*A QUIEN EL PSICOANÁLISIS
ATRAPA... YA NO LO SUELTA*

François Roustang

LA FILOSOFÍA DE LAS CIENCIAS, HOY

Jean Hamburger

*MITOLOGÍA Y ARTES
PREHISPÁNICAS EN LAS ANTILLAS*

José Juan Arrom

Nueva edición corregida y aumentada



romper. Ni trastes ni experiencias ni situaciones ni nada.

Fue padrísimo. Con el corazón acelerado, me puse a barrer los tepalcates. Porque, además, todo esto era como un acto clandestino: no quería que cuando llegaran mis hijos preguntaran *mamá, qué se rompió*. No quería dar explicaciones. Y cuando estaba barriendo me acordé que la barrida también era —y sigue siendo— un acto ritual prehispánico. Sacas lo malo de tu casa, de tu vida. Te barren las hierberas, con pirul, para sacarte los malos espíritus. (Y, por cierto, hablando de tepalcates, las piñatas, ¿no tendrían algo que ver con esto?)

Y bueno, aunque no lo creas, muchas cosas importantes se me empezaron a mover. En efecto, se me rompieron algunos ídolos interiores, añosos y cuarteados. Y todo este año he vivido en un torbellino de cambios y descubrimientos, por Dios santo. Y todavía no lo acabo de creer.

Bueno. Mientras contemplo mi jarro verde, que fue mi nuevo símbolo de 1989, me preparo, me pongo a pensar a ver ahora qué voy a romper. Búscales: siempre hay algo viejo que ya francamente para qué lo quieres. Piensa en qué cazuelita nueva te quieres comprar, o qué plato te hace falta. Piensa en que ya viene el tiempo nuevo y el nuevo sol. . .

Y claro que por supuesto que evidentemente te deseo feliz navidad y feliz año nuevo, querido diario de mi corazón. ☺

Recreaciones de lo cotidiano

Maritza Gómez M.

Este trabajo surge de una experiencia de vida profundamente sentida, y profundamente hecha praxis de mujer.

Van seis textos realizados según la técnica de college, y que surgieron de una experiencia un tanto lúdica donde consciente e inconsciente tienen mucho que ver. Quisimos darle un uso diferente a las palabras y expresiones escritas tantas veces encontradas en la prensa local o de otras latitudes. Subvertir, quizás, el tradicional contacto que se entabla con ellas. Rebasar los límites de la imaginación e ironizar lo cotidiano, recrearlo, sugerir alternativas, plantear utopías imaginarias.

Invitar a compartir la idea de que la “fascinación tiene la última palabra. . .”, proponer a quienes andan por ahí en restringidas expectativas: “divina reclusa, no guardes la paciencia / . . ./ (vamos) “ . . . allí donde la soledad dicta un grito y una estrofa, donde se encuentra la esperanza. . .” ☺

Crear hoy



Que No Llega

Trágico a Medias